RAMILLETE-PROSPECTO.

HISTORIA, NOVELA, POESÍA, VIAJES, COSTUMBRES.

OBSERVACIONES.

1.ª Así como la *Carta-Programa* sirve de introduccion para las sucesivas, en que se insertarán diariamente todas las noticias políticas que ofrezcan algun interés, el *Ramillete-Prospecto* está destinado á dar una idea del pensamiento y modo de desempeñarlo en la esencia y en la forma.

2.ª El *Ramillete* será siempre más literario que político, de la misma manera que la *Carta* tiene que ser más política que literaria. Como no cuento con otro apoyo que el del público, busco el medio de complacer á todos, y me parece que las señoras han de agradecerme que las distraiga un momento con lecturas agradables, porque deben estar tan hartas de política como el Gobierno de pretendientes.

El siguiente artículo está copiado de la coleccion de *Capilladas de Fray Gerundio*, y se publicó en Setiembre de 1843; sin embargo, cambiando el nombre de los partidos y haciendo algunas ligeras enmiendas, podria aplicarse muy bien á la situacion presente, lo que no prueba gran cosa en favor de los progresos que hemos hecho en el trascurso de veinticinco años.

CONFORMES.

¿Qué hará este Tirabeque, decia yo para mi escapulario, encerrado toda la mañana en su celda particular? ¿Si estará haciendo ejercicios particulares? ¿Si estará disciplinándose y rogando á Dios por la paz y concordia entre los ministros cristianos, que diz que no andan cosa mayor acordes? . . . .

. . . .

Al fin, llevado de la curiosidad, me acerqué á a puerta de su celda, y atisvando por el agujero de la llave, le ví enfrascado entre papeles y con la pluma en la mano, y percibí que decia: *Conformes*. Abrí y entré—¿Qué haces ahí, le dije, tan entretenido y ocupado?

—Me alegro que haya vd. venido, mi amo, me respondió, vd. me dirá qué le parece de este documento.

Miré el epígrafe, y ví que decia: *Alocucion de Tirabeque á los hermanos electores.*—¡Hola, hola! le dije, esto es cosa mayor. Veamos, veamos cómo te esplicas.

«Hermanos electores: conozco que estareis esperando con impaciencia á que yo os dirija mi voz.....

—Ya no me gusta eso, Pelegrin. Esa es una presuntuosidad que no puedo permitirte. ¿Con qué título te diriges á los electores, ni qué motivos puedes alegar para suponer que han de estar esperando tu voz con impaciencia, pobre miserable, y ente oscuro que tú eres?

—Señor, en esto no hago más que imitar á tantos otros entes, que no son más claros y sí más oscuros que yo; que al fin y al cabo, yo, aunque lego, soy conocido y honrado por el mundo, y de ellos hay que preguntar muchas veces: «¿Y quién es este fulano de tal (porque no suele ser más que un fulano de tal) que así se arroja sin aprension maldita á hablar á los electores?» Conque así, mi amo, déjeme vd. proseguir, que yo soy yo.

«Pues bien, electores, allá va mi voz, la voz de Pelegrin Tirabeque, lego de Fray Gerundio y servidor vuestro, que ante todas cosas debe advertiros, á fin de que no tengais sus palabras por sospechosas, que estoy resuelto á no ser diputado, y que las honras ó sufragios con que pensáreis favorecerme las apliqueis á otro mas digno.....

—Pero ven acá, criatura de Dios, tan simple como jactanciosa: ¿has podido tú soñar siquiera que haya en el mundo quien se acuerde de tí para honrarte con tan alto y delicado cargo?

—Ya lo sé, señor; pero esto lo pongo solamente para dar á entender á los hermanos electores que acaso todos los que se dirigen á ellos llevan debajo del embozo de la alocucion la intencioncilla de que los nombren diputados, menos yo: y lo que abunda no daña, y siga vd. leyendo.

«Hermanos electores: esta es la vigésima, ó la trigésima, ó la cuatrigésima vez (que ya he perdido la cuenta de las que van), que sois llamados á decidir con vuestros votos los destinos de la patria, que deben ser destinos muy indecisos, cuando despues de tanto marchar sobre ellos, no han podido decidirse todavía. De las próximas Córtes vá á depender la salvacion ó la ruina de este desgraciado país.....—Señor, de esto no tendrá vd. que tachar nada, porque es fórmula de todas las convocatorias, y yo la he aprendido de carretilla á fuerza de tropezarla en todas las elecciones.

»Yo bien hubiera querido que las susodichas Córtes hubiesen sido *constituyentes*, ó con aquello de *poderes especiales*, para algo que ha de hacer falta; pero el gobierno, que puede mas que yo, no lo ha tenido por conveniente, y ha querido que la palabra *generales* sea como algunas palabras de la Sagrada Escritura, que segun dice mi amo, suelen tener cinco sentidos, como los hombres que los tienen cabales. Sea de esto lo que quiera, electores, tengo la gran satisfaccion de anunciaros, que aunque se os presentarán, como siempre, muchas candidaturas, no tendreis que quebraros la cabeza, como otras veces, para escojer, porque todos los candidatos serán iguales, todos buenos, todos á cual mejor, y todos han de estar *conformes* en la marcha que han de seguir.

»¿Lo dudais, electores incrédulos? Examinad el programa del *partido parlamentario*, que así se llama ahora al que llamaban hace poco el *partido nacional*, como si la nacionalidad no fuera mejor que la parladuría ó parlamentaria. En él vereis que los *parlamentarios* ofrecen proponeros para diputados hombres *honrados, independientes* y *de conocida ilustracion*. Examinad despues el programa del partido del *progreso legal*, y vereis que os propondrán hombres *ilustrados, independientes* y *de conocida honradez*. ¿Veis como están todos *conformes?* Los parlamentarios quieren la *Constitucion* de 1837 en toda su pureza: los progresistas legales proclaman la *Constitucion* de 1837, fiel y estrictamente observada.—Conformes.—Los parlamentarios quieren el *Trono de Isabel II*, respetado: los progresistas quieren que se respete el *Trono de Isabel II.*—Conformes.—*Independencia nacional.*—Conformes.—*Reconciliacion de todos los partidos*, os dicen los unos: *Union de todos los verdaderos liberales*, os dicen los otros.—Conformes.—*Economias* os dicen los primeros: *Economías* os dicen los segundos.—Conformes.—*Leyes orgánicas en armonía con la Constitucion*, dicen unos y otros.—Conformes.—¿No es esto mismo lo que quereis vosotros tambien, hermanos electores mios? Pues esto es precisamente lo que quiere vuestro Tirabeque. *Estamos conformes.* ¡Bendita sea la conformidad de los españoles!

»Pero si me preguntais, hermanos mios, lo que yo doy por esta conformidad, os responderé con mi natural franqueza que no diera un maravedí; porque hace mucho tiempo que no pago las buenas palabras más que con monedas de *Ojalás*, que es una moneda nominal mia. Porque todas esas conformidades, hermanos electores, las escribe una pluma, las compone un cajista, las tira una prensa, y cuando llegan á vosotros, el cajista las ha distribuido, y cada palabra y aun cada letra se ha ido por su lado.

»Con esto no quiero deciros mas, hermanos mios, sino que hagais poco caso de las palabras, y atendais mucho á las obras; y que cuando os pongan en las manos las candidaturas, echeis á un lado los programas, que siempre están *conformes*, y repasando la lista de los hermanos candidatos, digais: «¿Este ciudadano *ha hecho* algo de provecho otras veces?—Ni pizca.—Pues no estoy *conforme*; fuera con él, sea del partido que quiera.—Y este otro hermano, *¿ha hecho algo* alguna vez?—Mucho *para el saco*.—Pues tampoco estamos *conformes*; venga de los parlamentarios, ó venga de los progresistas. Este se ha prestado con independencia y con desprendimiento; progresista de buena intencion.—*Conformes.*—A la urna con él.—Este hermano es nuevo, pero le conozco: guapo sugeto: moderadito, pero liberal instruido y tolerante; le envian los parlamentarios.—No importa, podrá ser buen diputado, y estamos *conformes*: á la urna.—¡Hola! ¿Aquí estás tú? Ya sé quién eres: parlamentario serás, y como un jilguero hablarás; pero intolerante serás, y mi voto no tendrás.—No estamos *conformes*.

»Hermanos electores, si así fuérais eligiendo lo mejor que en vuestra conciencia, y sin atender á programas, os pareciere de cada partido, la union y la reconciliacion que hemos proclamado, podrá llegar á ser una verdad. De otro modo, me temo que no estemos *conformes*, y que la conformidad de los programas se reduzca á una conformidad impresa en el papel, que se deshaga tan pronto

como la deshacen los cajistas que la compusieron.

»Y con esto no canso más por hoy. Queda rogando á Dios porque estemos todos *conformes*, vuestro lego,—*Fr. Pelegrin Tirabeque.*»

DOLORA.

GLORIAS DE LA VIDA.

¡Al fuego! cartas de adorados seres
por quien la sangre derramé viviendo;
arded á impulsos de esa luz, y ardiendo
con vos se estinga *mi fatal pasion.*
¡Ved cuál la gloria de sus dulces rasgos
se lleva el aire en fáciles despojos!
no su partida lamenteis, mis ojos,
que humo las glorias de la vida son!

¡Al fuego! signos que sin fé trazaron
falsas mujeres que adoraba ciego:
Victoria, Octavia, Ines..... ¡al fuego! ¡al fuego!
¡Maldita sea *mi fatal pasion*!
—«¡Nadie en el mundo como yo te adora!»—
¡Arda á su vez la que tan bien mentia!
¡Ay, quién tal gloria al poseer diria
que humo las glorias de la vida son!
¡Al fuego! enigmas de infernal sentido:
¡digno sepulcro el desengaño os presta!
¡Cuán bien mi madre me alejaba en esta
del torpe error de *mi fatal pasion!*
—«¡Huye!» dice «el amor, porque su gloria
es pacto vil de la ilusion de un dia,
y al fin verás, alma del alma mia,
que humo las glorias de la vida son!»

R. de Campoamor.

LO QUE TAPA UNA MESA.

Cuando me he encontrado en uno de aquellos banquetes donde la etiqueta no usurpa los derechos del buen humor; donde saben sostener la conversacion los hombres de ingenio, y animar y embelesar á la concurrencia las mujeres agraciadas y amables; donde la señora de la casa, en fin, ha tenido el acierto de colocar á sus convidados de modo que á ninguno le falte con quien entretenerse en conversacion gustosa, confieso que me ha ocurrido mil veces el deseo de averiguar lo que tapaba el tablero de la mesa, debajo de la cual cruzaban acaso comunicaciones muy importantes.

Mientras un caballero medianamente prolijo se atasca en una narracion, cuyo fin que nunca llega, desean los oyentes con anhelo, reparo yo en una jóven chiquita, con peinado á la valenciana, la cual está escuchando sin pestañear, agitada, enternecida y retratando una suave languidez en su semblante. Imposible es que la historia que están refiriendo ocupe tan poderosamente la atencion de aquella linda miniatura.

Discúrrese acerca de una calamidad reciente, y otra niña atolondrada suelta á todo trapo la risa. La niña de quien hablamos es persona de un corazon compasivo: luego la tentacion de reir que le ha dado ha tenido su orígen debajo de la mesa.

¿Por qué se le habrá escapado á esotra dama un chillido, contra su voluntad, á lo que parece?

—¿Qué tienes, chica? le pregunta su marido, desde la otra punta de la mesa.

—No es nada, responde la jóven esposa dirigiendo una mirada al comensal que está á su derecha; una punzada de dolor de muelas que me ha dado de pronto. Ya se vá pasando.

Llegan los postres, chispea el champaña, sube y hierve la espuma, vácianse las copas, acalóranse las cabezas, se encandilan los ojos, y todos los convidados charlan á un tiempo. Esta es la ocasion en que cada prójimo puede, sin temor de ser escuchado, departir libremente con su pareja, y este es, por consecuencia, el momento crítico en que el tablero de la mesa debe encubrir un cuadro sobremanera interesante.

Como yo soy curioso, y deseo ademas instruirme, dejo caer mi caja de tabaco, me bajo para recogerla, y tiendo de paso la vista por aquella region submeridiana. Desde luego advierto que no todos los piés ocupan su lugar: el de la valencianita se halla debajo de la bota de un oficial de la Guardia, y la rodilla de un autor recien dado á la estampa tropieza con la de la buena moza consabida, que baja ruborosa los ojos cada vez que se la dirige la palabra. Carga suavemente sobre la mano de un simple artista la de una marquesa ya en edad de discrecion, mientras que cierto adinerado comerciante, haciendo que se entretiene con la servilleta, echa un papelito en la falda de su vecina, la cual no permitirá que se escurra al suelo.

Pero ¡calla! ¿qué es lo que veo acullá abajo? ¡Dos pezuñas descomunales una debajo de otra! Allí hay alguna equivocacion sin remedio. Examinemos la posicion de los personajes respectivos: de los dos piés uno pertenece á un catalan de enorme corpulencia, y otro á un ricacho andaluz, gran devoto, aunque viejo, de las hijas de Eva. Entre los dos se sienta una niña de diez y seis años, muy linda y muy lozana, pero muy simplona y muy lerda. La pobre muchacha, que se ha visto acosada desde que la colocaron allí, por las miradas, galanterías y suspiros de sus colaterales, no se ha atrevido á levantar los ojos, ni á separar los piés, ni á sacarlos de debajo de la silla, pero cada uno de sus obsequiantes ha estendido por su lado una pierna, y el pié del fornido catalan ha ido á plantarse sobre el del antiguo cazador de gangas. Ambos á dos están locos de contento, creyéndose en el goce de un favor distinguido; y cuanto más aprieta el paisano de Serrallonga, más se extasía el hijo del Bétis, y más menudean uno y otro los suspiros y las guiñaditas.

Bastante he tardado ya para buscar una caja de tabaco. Voy á levantarme con el sentimiento de perder algun nuevo episodio del cuadro que miraba; pero de improviso el cuadro desaparece. Al estrépito de un fiero coscorron que alzándome me he sacudido en la coronilla contra el aro de la mesa, todos los piés han recobrado su posicion natural y debida, y ya nada hay debajo del tablero que merezca observarse.

J. E. Hartzenbusch.

UN GASTRÓNOMO.

No hace mucho tiempo que un gloton referia lo siguiente delante de mí, golpeándose con cierto placer su enorme vientre.—Ayer entramos en la fonda donde nos habian dispuesto un hermoso pavo relleno concienzudamente, y asado con un primor digno de una mesa real: el pavo era de raza americana, raza que ya se va perdiendo, desgraciadamente (aquí dió un suspiro) y pesaria unas veinte libras crecidas. Nosotros lo encontramos tan bien condimentado y tan suculento que solo dejamos los huesos, y bien pelados.

—¿Cuántos estaban vds. á la mesa? pregunté al narrador.—Dos, replicó el gastrónomo con gravedad, El Pavo y Yo.

MADRID: 1868.
IMPRENTA DE LA CARTA Y RAMILLETE,
Calle del Almirante, núm. 7.